

**Mensaje por el aniversario 76° de la PUCE  
y los doctorados honoris causa**

Dr. Fernando Ponce León, S.J. 9 de noviembre de 2022

Hoy, tenemos el gusto de encontrarnos como comunidad universitaria en esta sesión solemne que tiene algo particular. No solo conmemoramos los 76 años de vida institucional de la universidad, sino que celebramos el logro literario del señor Juan Pablo Castro y, sobre todo, las vidas comprometidas del P. Julio Gortaire y de la señora Gabriela Tavella, mediante la entrega del doctorado honoris causa.

Al disponer de poco tiempo, quisiera referirme solo a la entrega de esta distinción al P. Julio Gortaire y a la señora Gabriela Tavella, quienes hoy se unen al selecto grupo de 15 personalidades que han recibido el doctorado honoris causa en nuestra universidad desde 1957 hasta 2011.

El P. Julio Gortaire, S.J. vive y trabaja en el cantón Guamote desde 1970, cuando llegó con sus 33 años de edad y dos de sacerdocio. Fue destinado allí por pedido suyo, pues estaba convencido de que el Señor lo llamaba a ser testigo de su amor entre los indígenas de la Sierra ecuatoriana.

Con su hermano Alfonso Gortaire, con quien compartía esa misma determinación, eligieron vivir en Guamote por dos razones: primero por el testimonio de Mons. Leonidas Proaño, obispo local, llamado el “obispo de los indios”, que fue una inspiración para él y para muchos más.

Segundo, porque Guamote era uno de los cantones más pobres del Ecuador petrolero en aquellos años, con 2.000 blanco-mestizos y 23.000 indígenas.

La doctrina del Concilio Vaticano II sobre la actividad misionera lo marcó profundamente, especialmente aquella intuición de que las semillas de la Palabra de Dios ya actúan de forma misteriosa en todos los pueblos, por medio de su diversidad cultural y lingüística. Otra fuente de inspiración para su trabajo fue la teoría de la hominización, de Teilhard de Chardin.

Desde entonces, acompañado unas veces, solo otras tantas, ha acompañado el desarrollo y crecimiento social y religioso de las comunidades indígenas del cantón Guamote y de otros lugares de Chimborazo, en su paciente caminar junto con ellos hacia su hominización, es decir, hacia su autorreconocimiento como personas dignas y con derechos. Así, el P. Julio Gortaire participó en la lucha por tierras, en educación, la organización social de los indígenas, el fomento productivo y muchas otras iniciativas.

Gabriela Tavella llegó al Ecuador el mismo año que el P. Julio se instaló en Guamote, en 1970, como misionera laica de la Operación Mato Grosso, desde Italia. Luego de dos años de voluntariado en comunidades rurales de Bolívar, en 1975, ingresó a la PUCE como profesora de italiano y, desde entonces, no nos ha abandonado. Es cierto que se jubiló en el 2016, pero hemos tenido la suerte de contar con ella como voluntaria en la Dirección de Vinculación con la Colectividad hasta el día de hoy.



Gabriela es el referente del compromiso social y unión con la colectividad en esta universidad. Esto de ninguna manera es una exageración porque fue su persistente práctica a favor del desarrollo humano integral, concretada en más de 151 programas sociales, junto con sus exhortaciones y ejemplo personal, lo que hicieron nacer lo que hoy llamamos Dirección de Vinculación. Antes que la estructura oficial, ya existía la responsabilidad y acción social de Gabriela y quienes trabajaron con ella en beneficio de comunidades campesinas de Tungurahua, Cotopaxi y, más recientemente, de los Latin Kings, para cuya reinserción social colaboró, particularmente, gracias a iniciativas como el *catering* de la asociación Reyes y Reinas Latinos.

Las vidas de Julio y Gabriela son muy ricas en experiencias y lecciones para nosotros. La admiración que despiertan ha motivado a la PUCE a reconocerlos con lo mejor que una institución académica puede ofrecer: un título de doctorado honorífico, a sabiendas de que sus méritos humanos superan con mucho la sencillez de este reconocimiento.

Por otra parte, incompleto sería este reconocimiento si solo dijéramos que son vidas admirables, pues son mucho más que eso: son vidas de compromiso ejemplares y significativas, tanto para la universidad como para cada uno de sus miembros.

A la hora de entender en qué consiste este significado y ejemplo para una institución como la nuestra, hay expresiones que inmediatamente nos vienen al espíritu, pero que por poco que reflexionemos nos resultan insuficientes. Tenemos delante dos personas bondadosas, amables, sabias



y, obviamente, en seguida pensamos en el servicio a los pobres, la empatía e incluso la solidaridad, aunque ninguno de estos términos satisface.

El servicio a los pobres suena bien; es una virtud que cae de maravilla en todos los salones de té y estudios de televisión, pero evoca generalmente un plano inclinado por el que el servicio desciende del dador al recipiente, nada de lo cual existe en Julio ni Gabriela.

La empatía es un sentimiento grandioso que todos deberíamos cultivar, pero se reduce a eso, únicamente al sentimiento que resulta de ponerse en las circunstancias del otro y tratar de sentir como el otro en sus circunstancias no como yo en las mías. Sin embargo, parafraseando al filósofo Kant, la empatía sin actos es vacía, los actos sin empatía son ciegos.

¿Estamos, quizás, ante un gran gesto de solidaridad? En cierto sentido sí, aunque en Julio y Gabriela descubrimos una forma especial de solidaridad. Según San Juan Pablo II, la virtud de la solidaridad es “la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”. Esta magnífica definición, que se encuentra en la encíclica Sollicitudo Rei Socialis, es muy cierta y, sin embargo, todavía necesita una vuelta más de tuerca para expresar el mensaje que estamos tratando de desentrañar.



Había una vez, unos fariseos que quisieron poner a prueba a Jesús. Aprovecharon el fin de una conversación de Jesús con sus discípulos y le preguntaron: “¿Qué debemos hacer para alcanzar la vida eterna?”. Jesús les repitió lo que ya sabían, lo cual no les satisfizo, y entonces replicaron: “Sí, hay que amar al prójimo, ya sabemos; pero ¿quién es mi prójimo?”. ¿Podrías por favor definir la población target, de modo que nuestros programas de ayuda tengan el impacto proyectado?

Jesús no responde ni define, pero sí pone delante de quienes lo escuchan, mediante la conocida historia del Buen Samaritano, una invitación a eso que yo llamaría “aproximarse” al sufrimiento humano. Porque una cosa es elegir yo mismo a quién quiero servir, generalmente un beneficiario políticamente correcto, limitando prudentemente lo que quiero hacer o dar; y otra, muy distinta, es acercarse a las personas sufrientes y liarse con ellas, dejándose afectar por sus exigencias, que siempre devoran más de lo que uno quiere o puede ofrecer.

El samaritano de la historia nunca se preguntó quién era su prójimo, simplemente, se orilló, se bajó de su caballo, se acercó al herido y cuidó de él.

Esta disposición vital que consiste en hacerse prójimo de quienes están en los márgenes del camino es la postura evangélica y social que quiero destacar y honrar en las vidas de Julio y Gabriela, y de la cual debemos aprender.



Han servido a personas pobres y excluidas sí, pero no dando, sino dándose en persona y en tiempo. Han mostrado empatía, sí, pero una empatía que rebasa el sentimiento y que se traduce en hechos concretos, en decisiones que incomodan, al punto de la persecución, indiferencia o incompreensión de los suyos. Sin duda, ambos han sido solidarios, y mucho, pero no de manera general, sino con una solidaridad focalizada: desde la opción preferencial por los pobres y excluidos, frase hoy tabú en muchos ambientes.

Ahora bien, este “aproximarse” a las personas que sufren, que abarca a la vez que trasciende el servicio, la empatía y la solidaridad, es tan válida en el plano personal como en el institucional y, en este sentido, Julio y Gabriela ofrecen a la universidad tres grandes lecciones, tres invitaciones a descentrarnos y a hacernos prójimos de tres maneras.

En primer lugar, la universidad debe continuar su giro copernicano para dejar de verse a sí misma y empezar a girar alrededor del estudiante. Afortunadamente, ya venimos trabajando en este giro institucional desde hace algunos años, desde el momento en que decidimos poner a la cabeza los servicios educativos y académicos que ofrecemos y deducir de ellos los procesos y estructuras más adecuados.

Todavía queda mucho por hacer, pero ya hemos iniciado en algunos aspectos, como, por ejemplo, con el modelo que antes giraba en torno a la educación y que ahora se enfoca en el aprendizaje; o con la programación académica y los horarios que, según me han informado, se están haciendo desde la perspectiva de los estudiantes principalmente. A este giro le damos los pomposos nombres de renovación académica y rediseño institucional, pero consiste simplemente en tomarnos en serio nuestro principio que dice que el estudiante es el centro de la universidad.

En segundo lugar, la universidad debe saber escuchar el clamor de los pobres, en términos del Papa Francisco. Somos una institución académica situada, que no existe en lo abstracto de sus dominios académicos. Incluso quienes no lo reconozcan o no lo expresen así, no pueden desprenderse de su contexto personal y grupal. Más vale, entonces, tomar consciencia del lugar social en el que estamos insertos, entenderlo y actuar en consecuencia con él.

Ahora bien, este lugar social está atravesado de profundas inequidades sociales, económicas y culturales. En este medio, las diversidades se convierten en desigualdades y terminan siendo normalizadas por todos. Una universidad que vive en un contexto así, necesariamente debe repensar la forma en que hace academia, pues la hace, quiéralo o no, en medio de la pobreza y de las distintas formas de exclusión y discriminación que nos marcan, en medio de toda la conflictividad que de ellas deriva.

Así como debemos estar atentos al clamor de los pobres, el Papa Francisco también nos llama a estar atentos al clamor de la Tierra. Precisamente, en estos días, los Estados del mundo reunidos en El Cairo examinan sus compromisos ante el cambio climático y la destrucción del ambiente.

Lo menos que podemos hacer como universidad es ponernos en el lugar de las generaciones futuras, ante quienes tenemos deberes de justicia, y preguntarnos: ¿qué mundo quisiéramos recibir cuando se agote el actual?

Bien sabemos que la solución del calentamiento global es global, compleja y multidisciplinar, pero como universidad pontificia y católica lo mínimo que podemos hacer ante el clamor de la Tierra es transformarnos en una universidad ambientalmente sostenible que promueva la ecología integral. Es decir, en una universidad *Laudato si'*, como se dice en la red de centros de educación superior por el cuidado de la Casa Común y en las universidades católicas de todo el mundo.

De hecho, llevamos algunos meses preparando un proyecto para integrar el concepto de sostenibilidad en el diseño mismo del campus y en nuestro quehacer académico con el fin de enriquecer lo específico de nuestra universidad.

En definitiva, la PUCE debe hacerse prójima de sus estudiantes actuales y futuros; de los empobrecidos y excluidos, con quienes compartimos la misma idea de país; del planeta y de las generaciones futuras que lo habitarán.



Con determinación y paciencia, iremos inventando los caminos, acertando unas veces, errando otras, corrigiendo siempre. Al menos, deberemos promover en los años que vienen, dentro y fuera de nuestros campus, la interculturalidad y la sostenibilidad, que son los dos ejes transversales de nuestros dominios académicos, entre las muchas tareas que nos esperan.

Tenemos grandes desafíos, difíciles, pero no imposibles y, si no lo creemos, regresemos a ver a Julio y a Gabriela. Nuevamente, muchas gracias porque nos enseñan que el “aproximarse” del sufrimiento humano, el descentramiento, enriquece y produce vida.

Al concluir estas reflexiones, que espero no los hayan incomodado, me los imagino diciendo lo mismo que dijo Jesús al final de su historia: “Pontificia Universidad Católica del Ecuador, ¡vete y haz lo mismo!”.